

DELIRIOS



El Horla

Guy de Maupassant

La Biblia, Antiguo Testamento

La locura de Nabucodonosor, Libro de Daniel, 4.

Yo

Arthur Schnitzler





Un abordaje **diferente**

ARIZIC[®]

Aripiprazol

PRESENTACIONES

5 mg - 10 mg - 15 mg - 20 mg x 30 comprimidos

IOMA



Medicamento
libre de gluten



Línea
Neurociencias

RAFFO

Información Disponible Para Profesionales: **Departamento Médico Raffo: Tel (011)4509-7100**
Complejo Urbana 1 - Int. Cnel. Amaro Ávalos 2820 - 3º Piso (B1605 EBQ) Munro/Vte. López/Peña, de Bs. As.

WWW.RAFFO.COM.AR

DELIRIOS



INDICE



El Horla

Guy de Maupassant

2



La Biblia, Antiguo Testamento

La locura de Nabucodonosor

Libro de Daniel, 4.

28



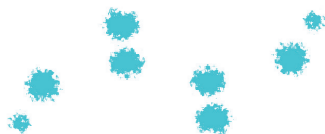
Yo

Arthur Schnitzler

39



PRESENTACIÓN



La literatura y la locura se entrelazan de múltiples maneras. Las palabras tocan las sensaciones, los sentimientos y los espacios interiores perturbados, con una gracia particular.

Los grandes maestros de la psiquiatría fueron, simultáneamente, grandes lectores. Y muchos de ellos recomendaban a sus discípulos internarse en la literatura universal para encontrar allí los retratos más inigualables de las diversas personalidades normales y patológicas, y de la infinita variedad de las reacciones vitales a los avatares de la existencia, a las pasiones y a la vivencia de conflicto consustancial con la condición humana.

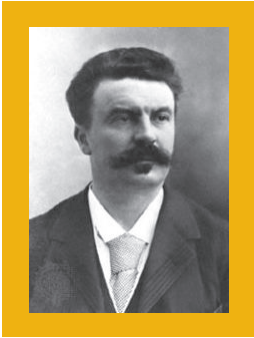
Maurice Blanchot, observador y pensador incomparable de la creación literaria, nos confía en *El libro que vendrá*: “La experiencia literaria es una experiencia total, una pregunta que no resiste límites, no acepta ser estabilizada o reducida. Sería la experiencia de aquello que siempre se dice, que no puede dejar de decirse y que no se puede entender”. Este enfrentamiento del escritor con el texto tiene ese carácter total.

La lectura literaria y el ejercicio clínico tienen, en no pocas ocasiones, bordes y cruzamientos singulares que los enriquecen mutuamente. Recuperar esa fecunda relación es el propósito de estos textos que Laboratorios Raffo ofrece al cuerpo médico argentino.



EL HORLA

Guy de Maupassant
(Fragmentos)



Guy de Maupassant

(Tourville-sur-Arques, 1850 –
París, 1893).

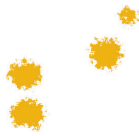
Maupassant fue admirador y amigo de Gustave Flaubert, a quien conoció en 1867, y también frecuentó a Iván Turgénev y Émile

Zola.

En 1880 publicó su primera gran obra, *Boule de suif* (Bola de Sebo), que le otorgó notoriedad en el mundo literario. Fue autor de más de trescientos cuentos y relatos. Sus temas favoritos fueron los campesinos normandos, los pequeños burgueses, la mediocridad de los funcionarios, la guerra franco prusiana de 1870, las aventuras amorosas, las alucinaciones de la locura y sus cuentos de terror en los que se evidencia la presencia obsesiva de la muerte, el desvarío y lo sobrenatural, género en el que es reconocido como maestro, a la altura de Edgar Allan Poe. *La Casa Tellier* (1881), *Los cuentos de la becada* (1883) o *El Horla* (1887), son algunos ejemplos de ello en los que se transparentan los primeros síntomas de su enfermedad. También publicó novelas como *Una vida* (1883) y la aclamada *Bel-Ami* (1885). Menos conocida es su faceta como cronista de actualidad en los periódicos de la época.

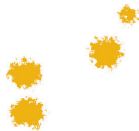
Atacado por graves problemas nerviosos, síntomas de demencia y pánico -reflejados en varios de sus cuentos- y a consecuencia de la sífilis, Maupassant intentó suicidarse el 1 de enero de 1892 y fue internado en la clínica parisina del doctor Blanche, adonde murió un año más tarde.





8 de mayo.- ¡Qué hermoso día! He pasado toda la mañana tendido sobre la hierba delante de mi casa, bajo el enorme plátano que la cubre, la resguarda y le da sombra. Adoro esta región, y me gusta vivir aquí porque he echado raíces aquí, esas raíces profundas y delicadas que unen al hombre con la tierra donde nacieron y murieron sus abuelos, esas raíces que lo unen a lo que se piensa y a lo que se come, a las costumbres como a los alimentos, a los modismos regionales, a la forma de hablar de sus habitantes, a los perfumes de la tierra, de las aldeas y del aire mismo.

Adoro la casa donde he crecido. Desde mis ventanas veo el Sena que corre detrás del camino, a lo largo de mi jardín, casi dentro de mi casa, el grande y ancho Sena, cubierto de barcos, en el tramo entre Ruán y El Havre.



11 de mayo.- Tengo algo de fiebre desde hace algunos días. Me siento dolorido o más bien triste. ¿De dónde vienen esas misteriosas influencias que trasforman nuestro bienestar en desaliento y nuestra confianza en angustia? Se diría que el aire, el aire invisible, está poblado de lo desconocido, de poderes cuya misteriosa proximidad experimentamos. ¿Por qué al despertarme siento una gran alegría y ganas de cantar, y luego, sorpresivamente, después de dar un corto paseo por la costa, regreso desolado como si me esperase una desgracia en mi casa? ¿Tal vez una ráfaga fría al rozarme la piel me ha alterado los nervios y ensombrecido el alma? ¿Acaso la forma de las nubes o el color tan variable del día o de las cosas me ha perturbado el pensamiento al pasar por mis ojos? ¿Quién puede saberlo? Todo lo que nos rodea, lo que vemos sin mirar, lo que rozamos inconscientemente, lo que tocamos sin palpar y lo que encontramos sin reparar en ello, tiene efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables sobre nosotros, sobre nuestros órganos y, por consiguiente, sobre nuestros pensamientos y nuestro corazón.

* * *

16 de mayo.- Decididamente, estoy enfermo. ¡Y pensar que estaba tan bien el mes pasado! Tengo



fiebre, una fiebre atroz, o, mejor dicho, una nerviosidad febril que afecta por igual el alma y el cuerpo. Tengo continuamente la angustiosa sensación de un peligro que me amenaza, la aprensión de una desgracia inminente o de la muerte que se aproxima, el presentimiento suscitado por el comienzo de un mal aún desconocido que germina en la carne y en la sangre.

18 de mayo.- Acabo de consultar al médico pues ya no podía dormir. Me ha encontrado el pulso acelerado, los ojos inflamados y los nervios alterados, pero ningún síntoma alarmante. Debo darme duchas y tomar bromuro de potasio.

25 de mayo.- ¡No siento ninguna mejoría! Mi estado es realmente extraño. Cuando se aproxima la noche, me invade una inexplicable inquietud, como si la noche ocultase una terrible amenaza para mí. Ceno rápidamente y luego trato de leer, pero no comprendo las palabras y apenas distingo las letras. Camino entonces de un extremo a otro de la sala sintiendo la opresión de un temor confuso e irresistible, el temor de dormir y el temor de la cama. A las diez subo a la habitación. En cuanto entro, doy dos vueltas a la llave y corro los cerrojos; tengo miedo... ¿de qué?... Hasta ahora nunca



sentía temor por nada... abro mis armarios, miro debajo de la cama; escucho... escucho... ¿qué?... ¿Acaso puede sorprender que un malestar, un trastorno de la circulación, y tal vez una ligera congestión, una pequeña perturbación del funcionamiento tan imperfecto y delicado de nuestra máquina viviente, convierta en un melancólico al más alegre de los hombres y en un cobarde al más valiente? Luego me acuesto y espero el sueño como si esperase al verdugo. Espero su llegada con espanto; mi corazón late intensamente y mis piernas se estremecen; todo mi cuerpo tiembla en medio del calor de la cama hasta el momento en que caigo bruscamente en el sueño como si me ahogara en un abismo de agua estancada. Ya no siento llegar como antes a ese sueño pérfido, oculto cerca de mí, que me acecha, se apodera de mi cabeza, me cierra los ojos y me aniquila.

Duermo durante dos o tres horas, y luego no es un sueño sino una pesadilla lo que se apodera de mí. Sé perfectamente que estoy acostado y que duermo... lo comprendo y lo sé... y siento también que alguien se aproxima, me mira, me toca, sube sobre la cama, se arrodilla sobre mi pecho y tomando mi cuello entre sus manos aprieta y aprieta... con todas sus fuerzas para estrangularme.

Trato de defenderme, impedido por esa impoten-



cia atroz que nos paraliza en los sueños: quiero gritar y no puedo; trato de moverme y no puedo; con angustiosos esfuerzos y jadeante, trato de liberarme, de rechazar ese ser que me aplasta y me asfixia, ¡pero no puedo!

Y de pronto, me despierto enloquecido y cubierto de sudor. Enciendo una bujía. Estoy solo. Después de esa crisis, que se repite todas las noches, duermo por fin tranquilamente hasta el amanecer.

2 de junio.- Mi estado se ha agravado. ¿Qué es lo que tengo? El bromuro y las duchas no me producen ningún efecto. Para fatigarme más, a pesar de que ya me sentía cansado, fui a dar un paseo por el bosque de Roumare. En un principio me pareció que el aire suave, ligero y fresco, lleno de aromas de hierbas y hojas, vertía una sangre nueva en mis venas y nuevas energías en mi corazón. Caminé por una gran avenida de caza y después por una estrecha alameda, entre dos filas de árboles desmesuradamente altos que formaban un techo verde y espeso, casi negro, entre el cielo y yo. De pronto sentí un estremecimiento, no de frío sino un extraño temblor angustioso. Apresuré el paso, inquieto por hallarme solo en ese bosque, atemorizado sin razón por el profundo silencio. De improviso, me pareció que me seguían, que



alguien marchaba detrás de mí, muy cerca, muy cerca, casi pisándome los talones. Me volví hacia atrás con brusquedad. Estaba solo. Únicamente vi detrás de mí el recto y amplio sendero, vacío, alto, pavorosamente vacío; y del otro lado se extendía también hasta perderse de vista de modo igualmente solitario y atemorizante.

3 de junio.- He pasado una noche horrible. Voy a irme de aquí por algunas semanas. Un viaje breve sin duda me tranquilizará.

2 de julio.- Regreso restablecido. El viaje ha sido delicioso. Visité el monte Saint-Michel, que no conocía. ¡Qué hermosa visión se tiene al llegar a Avranches, como llegué yo al caer la tarde! La ciudad se halla sobre una colina. Cuando me llevaron al jardín botánico, situado en un extremo de la población, no pude evitar un grito de admiración. Una extensa bahía se extendía ante mis ojos hasta el horizonte, entre dos costas lejanas que se esfumaban en medio de la bruma, y en el centro de esa inmensa bahía, bajo un dorado cielo despejado, se elevaba un monte extraño, sombrío y puntiagudo en las arenas de la playa. El sol acababa de ocultarse, y en el horizonte aún rojizo se recortaba el perfil de ese fantástico acantilado que lleva en su cima un fantástico monumento.





3 de julio.- Dormí mal; evidentemente, hay una influencia febril, pues mi cochero sufre del mismo mal que yo. Ayer, al regresar, observé su extraña palidez. Le pregunté: “¿Qué tiene, Jean?”. Me respondió: “Ya no puedo descansar; mis noches desgastan mis días. Desde la partida del señor parece que padezco una especie de hechizo”. Los demás criados están bien, pero temo que me vuelvan las crisis.

4 de julio.- Decididamente, las crisis vuelven a empezar. Vuelvo a tener las mismas pesadillas. Anoche sentí que alguien se inclinaba sobre mí y con su boca sobre la mía, bebía mi vida. Sí, la bebía con la misma avidez que una sanguijuela. Luego se incorporó saciado, y yo me desperté tan extenuado y aniquilado, que apenas podía moverme. Si eso se prolonga durante algunos días volveré a ausentarme.

5 de julio.- ¿He perdido la razón? Lo que pasó, lo que vi anoche, ¡es tan extraño que cuando pienso en ello pierdo la cabeza! Había cerrado la puerta con llave, como todas las noches, y luego sentí sed; bebí medio vaso de agua y observé distraídamente que la botella estaba llena.



Me acosté en seguida y caí en uno de mis espantosos sueños del cual pude salir cerca de dos horas después con una sacudida más horrible aún. Imagínense ustedes un hombre que es asesinado mientras duerme, que despierta con un cuchillo clavado en el pecho, jadeante y cubierto de sangre, que no puede respirar y que muere sin comprender lo que ha sucedido.

Después de recobrar la razón, sentí nuevamente sed; encendí una bujía y me dirigí hacia la mesa donde había dejado la botella. La levanté inclinándola sobre el vaso, pero no había una gota de agua. Estaba vacía, ¡completamente vacía! Al principio no comprendí nada, pero de pronto sentí una emoción tan atroz que tuve que sentarme o, mejor dicho, me desplomé sobre una silla. Luego me incorporé de un salto para mirar a mi alrededor. Después volví a sentarme delante del cristal transparente, lleno de asombro y terror. Lo observaba con la mirada fija, tratando de imaginarme lo que había pasado. Mis manos temblaban. ¿Quién se había bebido el agua? Yo, yo sin duda. ¿Quién podía haber sido sino yo? Entonces... yo era sonámbulo, y vivía sin saberlo esa doble vida misteriosa que nos hace pensar que hay en nosotros dos seres, o que a veces un ser extraño, desconocido e invisible anima, mientras dormimos, nuestro cuerpo cautivo que le obedece como a nosotros y más que a nosotros.



¡Ah! ¿Quién podrá comprender mi abominable angustia? ¿Quién podrá comprender la emoción de un hombre mentalmente sano, perfectamente despierto y en uso de razón al contemplar espantado una botella que se ha vaciado mientras dormía? Y así permanecí hasta el amanecer sin atreverme a volver a la cama.

6 de julio.- Pierdo la razón. ¡Anoche también bebieron el agua de la botella, o tal vez la bebí yo!

10 de julio.- Acabo de hacer sorprendentes comprobaciones. ¡Decididamente estoy loco! Y sin embargo... El 6 de julio, antes de acostarme puse sobre la mesa vino, leche, agua, pan y fresas. Han bebido —o he bebido— toda el agua y un poco de leche. No han tocado el vino, ni el pan ni las fresas. El 7 de julio he repetido la prueba con idénticos resultados. El 8 de julio suprimí el agua y la leche, y no han tocado nada.

* * *

12 de julio.- París. Estos últimos días había perdido la cabeza. Tal vez he sido juguete de mi enervada imaginación, salvo que yo sea realmente sonámbulo o que haya sufrido una de esas influencias comprobadas, pero hasta ahora inexplica-



bles, que se llaman sugerencias. De todos modos, mi extravío rayaba en la demencia, y han bastado veinticuatro horas en París para recobrar la cordura. Ayer, después de paseos y visitas, que me han renovado y vivificado el alma, terminé el día en el Théâtre-Français. Representábase una pieza de Alejandro Dumas hijo. Este autor vivaz y pujante ha terminado de curarme. Es evidente que la soledad resulta peligrosa para las mentes que piensan demasiado. Necesitamos ver a nuestro alrededor a hombres que piensen y hablen. Cuando permanecemos solos durante mucho tiempo, poblamos de fantasmas el vacío.

Regresé muy contento al hotel, caminando por el centro. Al codearme con la multitud, pensé, no sin ironía, en mis terrores y suposiciones de la semana pasada, pues creí, sí, creí que un ser invisible vivía bajo mi techo. Cuán débil es nuestra razón y cuán rápidamente se extravía cuando nos estremece un hecho incomprensible.

* * *

30 de julio.- Ayer he regresado a casa. Todo está bien.

2 de agosto.- No hay novedades. Hace un tiempo espléndido. Paso los días mirando correr el Sena.



4 de agosto.- Hay problemas entre mis criados. Aseguran que alguien rompe los vasos en los armarios por la noche. El sirviente acusa a la cocinera y ésta a la lavandera quien a su vez acusa a los dos primeros. ¿Quién es el culpable? El tiempo lo dirá.

6 de agosto.- Esta vez no estoy loco. Lo he visto... ¡lo he visto! Ya no tengo la menor duda... ¡lo he visto! Aún siento frío hasta en las uñas... el miedo me penetra hasta la médula... ¡Lo he visto!...

A las dos de la tarde me paseaba a pleno sol por mi rosal; caminaba por el sendero de rosales de otoño que comienzan a florecer.

Me detuve a observar un hermoso ejemplar de *géant des batailles*, que tenía tres flores magníficas, y vi entonces con toda claridad cerca de mí que el tallo de una de las rosas se doblaba como movido por una mano invisible: ¡luego, vi que se quebraba como si la misma mano lo cortase! Luego la flor se elevó, siguiendo la curva que habría descrito un brazo al llevarla hacia una boca, y permaneció suspendida en el aire transparente, muy sola e inmóvil, como una pavorosa mancha a tres pasos de mí.

Azorado, me arrojé sobre ella para tomarla. Pero no pude hacerlo: había desaparecido. Sentí entonces rabia contra mí mismo, pues no es posible que una



persona razonable tenga semejantes alucinaciones. Pero, ¿se trataba realmente de una alucinación? Volví hacia el rosal para buscar el tallo cortado e inmediatamente lo encontré, recién cortado, entre las dos rosas que permanecían en la rama. Regresé entonces a casa con la mente alterada; en efecto, ahora estoy convencido, seguro como de la alternancia de los días y las noches, de que existe cerca de mí un ser invisible, que se alimenta de leche y agua, que puede tocar las cosas, tomarlas y cambiarlas de lugar; dotado, por consiguiente, de un cuerpo material aunque imperceptible para nuestros sentidos, y que habita en mi casa como yo...

7 de agosto.- Dormí tranquilamente. Se ha bebido el agua de la botella pero no perturbó mi sueño. Me pregunto si estoy loco. Cuando a veces me paseo a pleno sol, a lo largo de la costa, he dudado de mi razón; no son ya dudas inciertas como las que he tenido hasta ahora, sino dudas precisas, absolutas. He visto locos. He conocido algunos que seguían siendo inteligentes, lúcidos y sagaces en todas las cosas de la vida menos en un punto. Hablaban de todo con claridad, facilidad y profundidad, pero de pronto su pensamiento chocaba contra el escollo de la locura y se hacía pedazos, volaba en fragmentos y se hundía en ese océano



siniestro y furioso, lleno de olas fragorosas, brumosas y borrascosas que se llama “demencia”.

Ciertamente, estaría convencido de mi locura, si no tuviera perfecta conciencia de mi estado, al examinarlo con toda lucidez. En suma, yo sólo sería un alucinado que razona. Se habría producido en mi mente uno de esos trastornos que hoy tratan de estudiar y precisar los fisiólogos modernos, y dicho trastorno habría provocado en mí una profunda ruptura en lo referente al orden y a la lógica de las ideas. Fenómenos semejantes se producen en el sueño, que nos muestra las fantasmagorías más inverosímiles sin que ello nos sorprenda, porque mientras duerme el aparato verificador, el sentido del control, la facultad imaginativa vigila y trabaja. ¿Acaso ha dejado de funcionar en mí una de las imperceptibles teclas del teclado cerebral? Hay hombres que a raíz de accidentes pierden la memoria de los nombres propios, de las cifras o solamente de las fechas. Hoy se ha comprobado la localización de todas las partes del pensamiento. No puede sorprender entonces que en este momento se haya disminuido mi facultad de controlar la irrealidad de ciertas alucinaciones. Pensaba en todo ello mientras caminaba por la orilla del río. El sol iluminaba el agua, sus rayos embellecían la tierra y llenaban mis ojos de amor por la vida, por las golondrinas cuya agilidad con-



stituye para mí un motivo de alegría, por las hierbas de la orilla cuyo estremecimiento es un placer para mis oídos.

Sin embargo, paulatinamente me invadía un mal-estar inexplicable. Me parecía que una fuerza desconocida me detenía, me paralizaba, impidiendome avanzar, y que trataba de hacerme volver atrás. Sentí ese doloroso deseo de volver que nos oprime cuando hemos dejado en nuestra casa a un enfermo querido y presentimos una agravación del mal.

Regresé entonces, a pesar mío, convencido de que encontraría en casa una mala noticia, una carta o un telegrama. Nada de eso había, y me quedé más sorprendido e inquieto aún que si hubiese tenido una nueva visión fantástica.

8 de agosto.- Pasé una noche horrible. Él no ha aparecido más, pero lo siento cerca de mí. Me espía, me mira, se introduce en mí y me domina. Así me resulta más temible, pues al ocultarse de este modo parece manifestar su presencia invisible y constante mediante fenómenos sobrenaturales. Sin embargo he podido dormir.

9 de agosto.- Nada ha sucedido. Pero tengo miedo.

11 de agosto.- Nada, siempre nada; no puedo que-



darme aquí con este miedo y estos pensamientos que dominan mi mente; me voy.

12 de agosto, 10 de la noche.- Durante todo el día he tratado de partir, pero no he podido. He intentado realizar ese acto tan fácil y sencillo -salir, subir en mi coche para dirigirme a Ruán- y no he podido. ¿Por qué?

13 de agosto.- Cuando nos atacan ciertas enfermedades nuestros mecanismos físicos parecen fallar. Sentimos que nos faltan las energías y que todos nuestros músculos se relajan; los huesos parecen tan blandos como la carne y la carne tan líquida como el agua. Todo eso repercute en mi espíritu de manera extraña y desoladora. Carezco de fuerzas y de valor; no puedo dominarme y ni siquiera puedo hacer intervenir mi voluntad. Ya no tengo iniciativa; pero alguien lo hace por mí, y yo obedezco.

14 de agosto.- ¡Estoy perdido! ¡Alguien domina mi alma y la dirige! Alguien ordena todos mis actos, mis movimientos y mis pensamientos. Ya no soy nada en mí; no soy más que un espectador prisionero y aterrorizado por todas las cosas que realizo. Quiero salir y no puedo. Él no quiere y tengo que quedarme, azorado y tembloroso, en el sillón donde me obliga a sentarme. Sólo deseo



levantarme, incorporarme para sentirme todavía dueño de mí. ¡Pero no puedo! Estoy clavado en mi asiento, y mi sillón se adhiere al suelo de tal modo que no habría fuerza capaz de movernos.

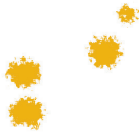
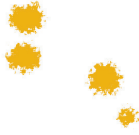
De pronto, siento la irresistible necesidad de ir al huerto a cortar fresas y comerlas. Y voy. Corto fresas y las como. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será acaso un Dios? Si lo es, ¡salvadme! ¡Libradme! ¡Socorredme! ¡Perdón! ¡Piedad! ¡Misericordia! ¡Salvadme! ¡Oh, qué sufrimiento! ¡Qué suplicio! ¡Qué horror!

16 de agosto.- Hoy pude escaparme durante dos horas, como un preso que encuentra casualmente abierta la puerta de su calabozo. De pronto, sentí que yo estaba libre y que él se hallaba lejos. Ordené uncir los caballos rápidamente y me dirigí a Ruán. Qué alegría poder decirle a un hombre que obedece: “¡Vamos a Ruán!”

Hice detener la marcha frente a la biblioteca donde solicité en préstamo el gran tratado del doctor Hermann Herestauss sobre los habitantes desconocidos del mundo antiguo y moderno.

Después, cuando me disponía a subir a mi coche, quise decir: “¡A la estación!” y grité — no dije, grité — con una voz tan fuerte que llamó la atención de los transeúntes: “A casa”, y caí pesadamente, loco de angustia, en el asiento. Él me había encontrado y volvía a posesionarse de mí.







Ahora ya lo sé y lo presento: el reinado del hombre ha terminado. Ha venido aquel que inspiró los primeros terrores de los pueblos primitivos. Aquel que exorcizaban los sacerdotes inquietos y que invocaban los brujos en las noches oscuras, aunque sin verlo todavía. Aquel a quien los presentimientos de los transitorios dueños del mundo adjudicaban formas monstruosas o graciosas de gnomos, espíritus, genios, hadas y duendes. Después de las groseras concepciones del espanto primitivo, hombres más perspicaces han presentado con mayor claridad. Mesmer lo sospechaba, y hace ya diez años que los médicos han descubierto la naturaleza de su poder de manera precisa, antes de que él mismo pudiera ejercerlo. Han jugado con el arma del nuevo Señor, con una facultad misteriosa sobre el alma humana. La han denominado magnetismo, hipnotismo, sugestión... ¡qué sé yo! ¡Los he visto divertirse como niños imprudentes con este terrible poder! ¡Desgraciados de nosotros! ¡Desgraciado del hombre! Ha llegado el... el... ¿cómo se llama?... el... parece que me gritara su nombre y no lo oyese... el... sí... grita... Escucho... ¿cómo?... repite... el... Horla... He oído... el Horla... es él... ¡el Horla... ha llegado!... ¡Ah! El buitro se ha comido la paloma, el lobo ha



devorado el cordero; el león ha devorado el búfalo de agudos cuernos: el hombre ha dado muerte al león con la flecha, el puñal y la pólvora, pero el Horla hará con el hombre lo que nosotros hemos hecho con el caballo y el buey: lo convertirá en su cosa, su servidor y su alimento, por el solo poder de su voluntad. ¡Desgraciados de nosotros! ¿Qué es lo que tengo? Es el Horla que me hechiza, que me hace pensar esas locuras. Está en mí, se convierte en mi alma. ¡Lo mataré!

19 de agosto.- Lo mataré. ¡Lo he visto! Anoche yo estaba sentado a la mesa y simulé escribir con gran atención. Sabía perfectamente que vendría a rondar a mi alrededor, muy cerca, tan cerca que tal vez podría tocarlo y asirlo. ¡Y entonces!... Entonces tendría la fuerza de los desesperados; dispondría de mis manos, mis rodillas, mi pecho, mi frente y mis dientes para estrangularlo, aplastarlo, morderlo y despedazarlo.

Yo acechaba con todos mis sentidos sobreexcitados. Había encendido las dos lámparas y las ocho bujías de la chimenea, como si fuese posible distinguirlo con esa luz. Frente a mí está mi cama, una vieja cama de roble, a la derecha la chimenea; a la izquierda la puerta cerrada cuidadosamente, después de dejarla abierta durante largo rato a fin de atraerlo; detrás de mí un gran armario con es-



pejos que todos los días me servía para afeitarme y vestirme y donde acostumbraba mirarme de pies a cabeza cuando pasaba frente a él.

Como dije antes, simulaba escribir para engañarlo, pues él también me espiaba. De pronto, sentí, sentí, tuve la certeza de que leía por encima de mi hombro, de que estaba allí rozándome la oreja. Me levanté con las manos extendidas, girando con tal rapidez que estuve a punto de caer. Pues bien... se veía como si fuera pleno día, ¡y sin embargo no me vi en el espejo!... ¡Estaba vacío, claro, profundo y resplandeciente de luz! ¡Mi imagen no aparecía y yo estaba frente a él! Veía aquel vidrio totalmente límpido de arriba abajo. Y lo miraba con ojos extraviados; no me atrevía a avanzar, y ya no tuve valor para hacer un movimiento más. Sentía que él estaba allí, pero que se me escaparía otra vez, con su cuerpo imperceptible que me impedía reflejarme en el espejo. ¡Cuánto miedo sentí! De pronto, mi imagen volvió a reflejarse pero como si estuviese envuelta en la bruma, como si la observase a través de una capa de agua. Me parecía que esa agua se deslizaba lentamente de izquierda a derecha y que paulatinamente mi imagen adquiriría mayor nitidez. Era como el final de un eclipse. Lo que la ocultaba no parecía tener contornos precisos; era una especie de transparencia opaca, que poco a poco se aclaraba. Por último,



pude distinguirme completamente como todos los días.

¡Lo había visto! Conservo el espanto que aún me hace estremecer.

20 de agosto.- ¿Cómo podré matarlo si está fuera de mi alcance? ¿Envenenándolo? Pero él me verá mezclar el veneno en el agua y tal vez nuestros venenos no tienen ningún efecto sobre un cuerpo imperceptible. No... no... decididamente no. Pero entonces... ¿qué haré entonces?

21 de agosto.- He llamado a un cerrajero de Ruán y le he encargado persianas metálicas como las que tienen algunas residencias particulares de París, en la planta baja, para evitar los robos. Me haré además una puerta similar. Me debe haber tomado por un cobarde, pero no importa...

10 de septiembre.- Ayer, después que el cerrajero colocó la persiana y la puerta de hierro, dejé todo abierto hasta medianoche a pesar de que comenzaba a hacer frío. De improviso, sentí que estaba aquí y me invadió la alegría, una enorme alegría. Me levanté lentamente y caminé en cualquier dirección durante algún tiempo para que no sospechase nada. Luego me quité los botines y me puse distraídamente unas pantuflas. Cerré después la persiana metálica y regresé con paso



tranquilo hasta la puerta, cerrándola también con dos vueltas de llave. Regresé entonces hacia la ventana, la cerré con un candado y guardé la llave en el bolsillo.

De pronto, comprendí que se agitaba a mi alrededor, que él también sentía miedo, y que me ordenaba que le abriera. Estuve a punto de ceder, pero no lo hice. Me acerqué a la puerta y la entreabré lo suficiente como para poder pasar retrocediendo, y como soy muy alto mi cabeza llegaba hasta el dintel. Estaba seguro de que no había podido escapar y allí lo acorralé solo, completamente solo. ¡Qué alegría! ¡Había caído en mi poder! Entonces descendí corriendo a la planta baja; tomé las dos lámparas que se hallaban en la sala situada debajo de mi habitación, y, con el aceite que contenían rocié la alfombra, los muebles, todo. Luego les prendí fuego, y me puse a salvo después de cerrar bien, con dos vueltas de llave, la puerta de entrada.

Me escondí en el fondo de mi jardín tras un mazo de laureles. ¡Qué larga me pareció la espera! Reinaba la más completa oscuridad, gran quietud y silencio; no soplabla la menor brisa, no había una sola estrella, nada más que montañas de nubes que aunque no se veían hacían sentir su gran peso sobre mi alma.

Miraba mi casa y esperaba. ¡Qué larga era la espera! Creía que el fuego ya se había extinguido por



sí solo o que él lo había extinguido. Hasta que vi que una de las ventanas se hacía astillas debido a la presión del incendio, y una gran llamarada roja y amarilla, larga, flexible y acariciante, ascender por la pared blanca hasta rebasar el techo. Una luz se reflejó en los árboles, en las ramas y en las hojas, y también un estremecimiento, ¡un estremecimiento de pánico! Los pájaros se despertaban; un perro comenzó a ladrar; parecía que iba a amanecer. De inmediato, estallaron otras ventanas, y pude ver que toda la planta baja de mi casa ya no era más que un espantoso brasero. Pero se oyó un grito en medio de la noche, un grito de mujer horrible, sobreagudo y desgarrador, al tiempo que se abrían las ventanas de dos buhardillas. ¡Me había olvidado de los criados! ¡Vi sus rostros enloquecidos y sus brazos que se agitaban!...

Despavorido, eché a correr hacia el pueblo gritando: “¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Fuego!” Encontré gente que ya acudía al lugar y regresé con ellos para ver.

La casa ya sólo era una hoguera horrible y magnífica, una gigantesca hoguera que iluminaba la tierra, una hoguera donde ardían los hombres, y él también. Él, mi prisionero, el nuevo Ser, el nuevo amo, ¡el Horla!

De pronto el techo entero se derrumbó entre las paredes y un volcán de llamas ascendió hasta el

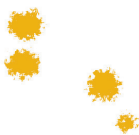


cielo. Veía esa masa de fuego por todas las ventanas abiertas hacia ese enorme horno, y pensaba que él estaría allí, muerto en ese horno...

¿Muerto? ¿Será posible? ¿Acaso su cuerpo, que la luz atravesaba, podía destruirse por los mismos medios que destruyen nuestros cuerpos?

¿Y si no hubiera muerto? Tal vez sólo el tiempo puede dominar al Ser Invisible y Temido. ¿Para qué ese cuerpo transparente, ese cuerpo invisible, ese cuerpo de Espíritu, si también está expuesto a los males, las heridas, las enfermedades y la destrucción prematura? ¿La destrucción prematura? ¡Todo el temor de la humanidad procede de ella! Después del hombre, el Horla. Después de aquel que puede morir todos los días, a cualquier hora, en cualquier minuto, en cualquier accidente, ha llegado aquel que morirá solamente un día determinado en una hora y en un minuto determinado, al llegar al límite de su vida.

No... no... no hay duda, no hay duda... no ha muerto... Entonces, tendré que suicidarme...



LA BIBLIA

ANTIGUO TESTAMENTO

La locura de Nabucodonosor

Libro de Daniel, 4.



Nabucodonosor II

(c. 630-562 a. C.)

Nabucodonosor II es famoso por la conquista de Judá y Jerusalén, y por su monumental actividad constructora en Babilonia, en donde

entre otras grandes obras creó los famosos Jardines colgantes. Los pasajes de la Biblia en el libro de Daniel lo hicieron célebre. En el Capítulo 2 el profeta relata su interpretación de un sueño del soberano que, muy impresionado por su capacidad, lo ensalza e incorpora a su corte.

En los siguientes se relatan otras anécdotas vinculadas con Nabucodonosor y la tradición judía. Otro sueño, esta vez de un árbol inmenso, es interpretado por el profeta Daniel. Y en otro sueño se anuncia el destino del rey viviendo junto a las bestias y comportándose como éstas.

En el Capítulo 4, mientras presumía sobre sus logros, Nabucodonosor es humillado por el Dios de los judíos, pierde la cordura y vive en la selva como un animal durante siete años (algunos lo consideran como un ataque de locura llamado zootropía). Después de esto, su cordura fue recobrada.

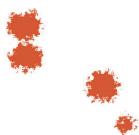
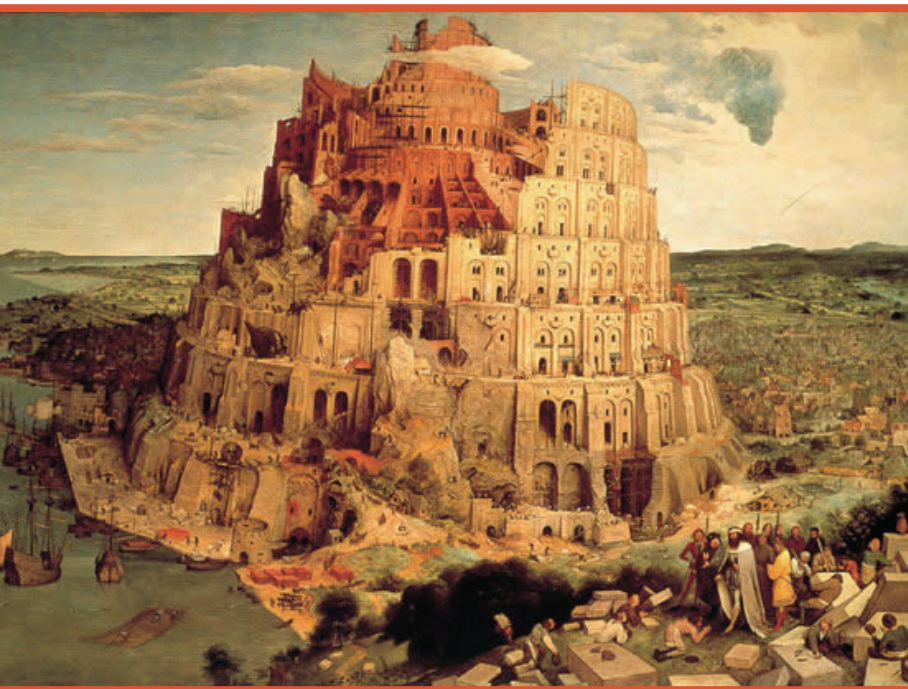
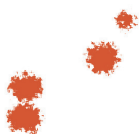
Algunos eruditos creen que la descripción hecha por Daniel es una mezcla de tradiciones y relatos sobre Nabucodonosor y Nabónido, el último rey de Babilonia. Los siete años de locura pueden estar relacionados con la estadía de Nabónido en Tayma, en el desierto, como se relata en fragmentos de los Manuscritos del Mar Muerto.





1. Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada.
2. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo.
3. ¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación.
4. Yo Nabucodonosor estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio.
5. Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron.
6. Por esto mandé que vinieran delante de mí todos los sabios de Babilonia, para que me mostrasen la interpretación del sueño.





7. Y vinieron magos, astrólogos, caldeos y adivinos, y les dije el sueño, pero no me pudieron mostrar su interpretación,

8. hasta que entró delante de mí Daniel, cuyo nombre es Beltsasar, como el nombre de mi dios, y en quien mora el espíritu de los dioses santos. Conté delante de él el sueño, diciendo:

9. Beltsasar, jefe de los magos, ya que he entendido que hay en ti espíritu de los dioses santos, y que ningún misterio se te esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación.

10. Estas fueron las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama: Me parecía ver en medio de la tierra un árbol, cuya altura era grande.

11. Crecía este árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra.

12. Su follaje era hermoso y su fruto abundante, y había en él alimento para todos. Debajo de él se ponían a la sombra las bestias del campo, y en sus ramas hacían morada las aves del cielo, y se mantenía de él toda carne.



13. Vi en las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama, que he aquí un vigilante y santo descendía del cielo.

14. Y clamaba fuertemente y decía así: Derribad el árbol, y cortad sus ramas, quitadle el follaje, y dispersad su fruto; váyanse las bestias que están debajo de él, y las aves de sus ramas.

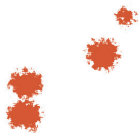
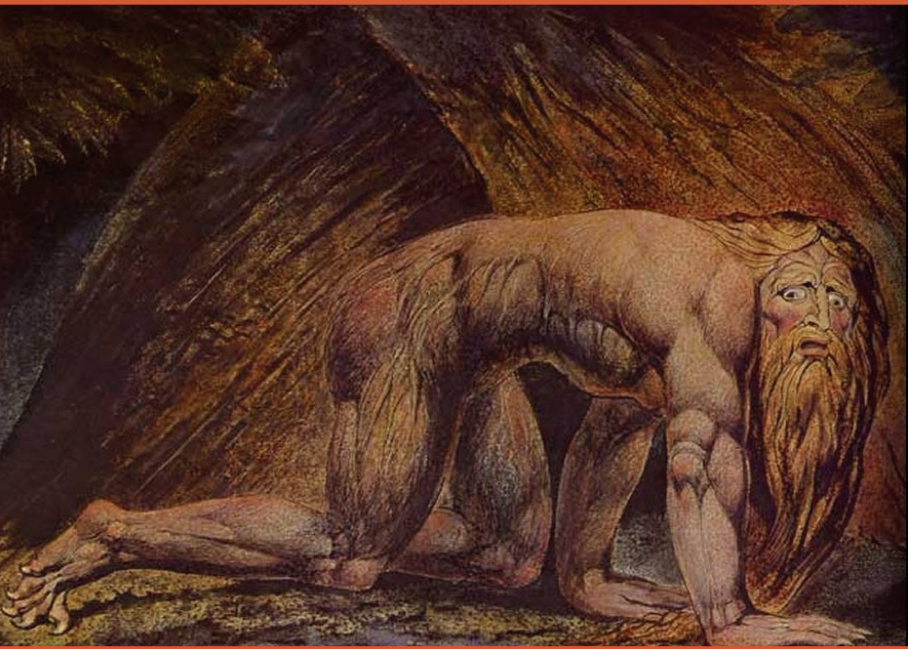
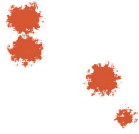
15. Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce entre la hierba del campo; sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra.

16. Su corazón de hombre sea cambiado, y le sea dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos.

17. La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por dicho de los santos la resolución, para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres.

18. Yo el rey Nabucodonosor he visto este sueño. Tú, pues, Beltsasar, dirás la interpretación de él, porque todos los sabios de mi reino no han po-





dido mostrarme su interpretación; mas tú puedes, porque mora en ti el espíritu de los dioses santos.

19. Entonces Daniel, cuyo nombre era Beltsasar, quedó atónito casi una hora, y sus pensamientos lo turbaban. El rey habló y dijo: Beltsasar, no te turben ni el sueño ni su interpretación. Beltsasar respondió y dijo: Señor mío, el sueño sea para tus enemigos, y su interpretación para los que mal te quieren.

20. El árbol que viste, que crecía y se hacía fuerte, y cuya copa llegaba hasta el cielo, y que se veía desde todos los confines de la tierra,

21. cuyo follaje era hermoso, y su fruto abundante, y en que había alimento para todos, debajo del cual moraban las bestias del campo, y en cuyas ramas anidaban las aves del cielo,

22. tú mismo eres, oh rey, que creciste y te hiciste fuerte, pues creció tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu dominio hasta los confines de la tierra.

23. Y en cuanto a lo que vio el rey, un vigilante y santo que descendía del cielo y decía: Cortad el ár-



bol y destruidlo; mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce en la hierba del campo; y sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias del campo sea su parte, hasta que pasen sobre él siete tiempos;

24. esta es la interpretación, oh rey, y la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre mi señor el rey:

25. Que te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada, y con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes, y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere.

26. Y en cuanto a la orden de dejar en la tierra la cepa de las raíces del mismo árbol, significa que tu reino te quedará firme, luego que reconozcas que el cielo gobierna.

27. Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad.

28. Todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor.



29. Al cabo de doce meses, paseando en el palacio real de Babilonia,

30. habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?

31. Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti;

32. y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere.

33. En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves.

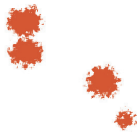
34. Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y



bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades.

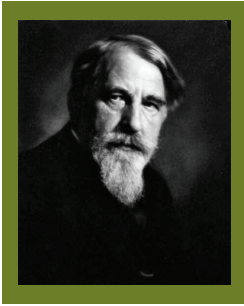
35. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?

En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia.



YO

Arthur Schnitzler



Arthur Schnitzler

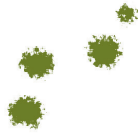
(Viena, 1862 – 1931)

Arthur Schnitzler fue uno de los intelectuales más representativos de la Viena imperial y cosmopolita de principios del siglo XX. Descendiente de una familia de médicos, llegó a destacarse como cirujano laringólogo, pero a la edad de treinta años abandonó la medicina para consagrarse a la literatura.

Su obra se ubica en la corriente realista, y abunda más en el tema amoroso o sexual internándose con singular agudeza en sus vicisitudes, desnudando represiones e hipocresías de la época en forma ácida y descarnada.

Leyendo sus primeras obras Freud se sintió fascinado y le confesó su envidia por el “conocimiento secreto” del corazón humano del que hacía gala el escritor.

Las más de treinta piezas de teatro que escribió Schnitzler lo convirtieron en el maestro del género hasta fines de los años '20. Su excelencia narrativa se expresó mejor en los cuentos, esos relatos que no rebasan el centenar de páginas, poco más o menos, y que en algunos casos limitan su extensión, como en *Yo* (Ocht, 1927), a unas pocas carillas. Entre esos textos cortos *La Señorita Elsa* (Fraulein Elsa, 1924) es, para muchos, la obra maestra de Schnitzler y según de Torre “la más feliz adaptación del llamado ‘monólogo interior’ o también ‘palabra interior’ a la novela psicológica”.



Hasta ese día había sido alguien completamente normal. Se levantaba a las siete de la mañana, haciendo el menor ruido posible para no molestar a su mujer a quien le gustaba dormir un poco más, tomaba una taza de café, besaba en la frente a su hijito de ocho años que se preparaba para la escuela y simulaba suspirar al decirle a María que tenía seis años: “Que le vamos a hacer, el año próximo será tu turno”. Mientras él dirigía esas bromitas a los niños, su mujer hacía generalmente su aparición y entonces sostenían una conversación muy simple y hasta en ocasiones divertida, pero siempre apacible, ya que se llevaban bien en pareja, sin que existieran entre ellos malentendidos ni causas de descontento. No tenían nada que reprocharse uno al otro. A la una volvía de su trabajo sin estar particularmente cansado porque lo que tenía que hacer no era exigente ni de una naturaleza tal como para comprometer mucho su responsabilidad: era Jefe de Sección en una gran



tienda de la Währingerstrasse de un rango más bien intermedio en su ramo. Almorzaban cosas simples y bien hechas junto a los niños que eran bien educados y lindos, el varón hablaba de la escuela, la madre del paseo que había hecho con la más pequeña antes de ir a buscar al primogénito y el padre pasaba revista a los pequeños acontecimientos matutinos ocurridos en la tienda, las nuevas colecciones, las novedades de Brünn, comentaba la pereza notoria del jefe que no llegaba casi nunca antes de mediodía, de tal o cual cliente que le había parecido gracioso, o de otro muy elegante que había ido a parar, Dios sabe cómo, a esa tienda de barrio y que lo había tratado inicialmente con altanería para finalmente quedar extasiado ante una corbata vulgar; daba noticias de la Srta. Elly que había encontrado, una vez más, un adorador, aunque él no tenía porqué entrometerse ya que ella trabajaba en la sección de zapatería para damas.

Luego se recostaba una escasa media hora y echaba una ojeada al diario. A las dos y media estaba nuevamente en su puesto y entonces tenía mucho que hacer, en particular entre las cuatro y las seis, horas en las que se podía consagrar enteramente a los clientes. Mientras tanto en la casa todo transcurría normalmente, su mujer paseaba a los niños



o bien su cuñada casada pasaba a visitarlos o bien lo hacía su madre, quien a veces estaba aún allí cuando él volvía.

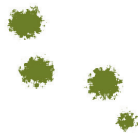
A eso de las ocho se sentaban a la mesa mientras que los niños ya estaban en la cama. Sábado por medio iban al teatro, tercera galería, tercera o cuarta fila; él prefería la opereta pero de vez en cuando podían elegir una pieza seria y en ese caso terminaban la velada en un pequeño restaurante.

Mientras tanto los niños estaban bien cuidados por la Sra. Wilhem, la esposa del médico que vivía en el primer piso, quien no habiendo tenido hijos estaba encantada de cuidarlos hasta el retorno de sus padres.

Precisamente esa tarde, sábado de Pascua, los Huber habían ido al teatro y luego habían cenado en su restaurante habitual y en el momento de acostarse el marido se había mostrado de tan buen humor que Anna terminó por decir que la debía confundir con la Sra. Constantin quien tanto le había gustado en el rol principal.

A la mañana siguiente, como todos los domingos, él partió para hacer su pequeño paseo, tomó el tranvía hasta Sievering, subió a pie hasta Dreimarstein adonde encontró a un conocido con quien se quedó un rato charlando del tiempo, y luego bajó solo en dirección a Neuwaldegg. Atravesó





el pequeño puente, como lo había hecho cientos de veces y desembocó en el gran parque con sus grupos de árboles magníficos que había visto Dios sabe cuántas veces. Fue en ese momento que su mirada encontró por azar un pequeño cartel hecho con una tablita clavada en un árbol, en el que en una escritura de trazo casi infantil podía leerse la palabra "Parque". No recordaba haber visto ese cartel anteriormente. En efecto, era nuevo, pero enseguida pensó: siempre estuvo allí, se nota que la tablita está vieja. Parque. Naturalmente que era un parque, nadie podía dudarlo, el parque Schwartzenberg, dominio privado perteneciente a los príncipes de Bohemia, abierto al público desde hacía décadas. Sin embargo, no habían puesto Parque Schwartzenberg o Dominio privado sino simplemente y curiosamente: Parque. Se veía bien que era un parque, nadie podía dudarlo. Si bien no se distinguía mucho de la campiña vecina, no estaba delimitado, no tenía entrada principal, ni estaba sometido a reglamentos particulares, uno encontraba bosques y prados, caminos y bancos por lo que ese pequeño cartel con la palabra "Parque" escrita en él era más bien superfluo. Pero, por otro lado, debía tener su razón de existir. Quizás había gente que no estuviera tan segura como él de que se trataba de un parque. Quizá creían encontrarse



con un bosque como tantos otros al borde de un prado, como los bosques y prados que acababa de atravesar descendiendo de la colina. Evidentemente era conveniente recordarle a esas personas que se trataba de un parque. Un bello parque, un magnifico parque. Si no hubiera existido ese cartel clavado al árbol algunos hubieran podido creer que era el paraíso. Ja, ja, el paraíso. Y quizás alguien se hubiera comportado en consecuencia... Alguien que se hubiese sacado la ropa y causado con ello un escándalo. ¿Cómo podía saber -habría dicho luego en la comisaría- que no era el paraíso sino un parque? Y bien, ahora, tal cosa no era posible. Habían sido muy razonables al colocar ese cartel. En ese momento se cruzó con una pareja, los dos ya no muy jóvenes y más bien gordos, y se echó a reír tan alto y tan fuerte que los otros tuvieron miedo y lo miraron azorados.

Como no era tarde se sentó en un banco. Efectivamente, se trataba bien de un banco, con toda seguridad era un banco aun cuando no tenía nada escrito sobre él. Y el estanque, que estaba un poco más lejos y que conocía bien, era seguramente un estanque -o una gran charca- o un pequeño lago o un mar, bueno, todo dependía de la manera de verlo, para un insecto era sin duda un océano. Para los insectos, en particular, hubiera sido bue-



no poner también allí, un cartel: estanque. Pero para los insectos no era justamente un estanque sin contar con que, además, no saben leer. En fin, quién sabe, si se lo piensa bien, sabemos tan poco sobre los insectos. En ese momento había uno que zumbaba muy cerca. Era mediodía. Tenía justo un medio día de vida, cincuenta años podría decirse... a su escala, puesto que esos insectos de agua vivían un día y que para el atardecer ese ya estaría muerto. Quizás estaba festejando su quincuagésimo cumpleaños. Y los otros moscardones que zumbaban en torno de él lo felicitaban. Un festejo al que le tocaba asistir. Tuvo la impresión de estar sentado allí desde hacía mucho tiempo y miró su reloj. No hacía más que tres minutos. Bien, era un reloj, ninguna duda al respecto, aún cuando no tuviera grabado en la tapa que lo fuera. Pero podía ocurrir que estuviera soñando. En ese caso no había reloj, él estaba acostado en su cama y soñaba y el insecto también era sólo un sueño. Dos muchachos pasaron por el camino. ¿Era de él que se reían? ¿De sus pensamientos idiotas? Pero si no podían conocerlos. En fin... no era tan seguro que no pudieran. Hay gente que lee el pensamiento. Era muy posible que el que llevaba anteojos con montura de carey hubiera sabido muy precisamente lo que él tenía en ese momento en



mente y que ello lo hubiera hecho reír. El asunto que quedaba por dilucidar era si ese jovencito con anteojos de carey había tenido razón para reírse. Por que podía ser que todo ello fuera verdaderamente un sueño y en ese caso él habría soñado también la risa del otro.

Se dio una brusca patada y como si no fuera suficiente se pellizcó la nariz. Sentía perfectamente lo que se hacía y eso le pareció una prueba suficiente de su estado de vigilia. Si bien era cierto que todo ello no era absolutamente convincente ya que podía haber soñado también la patada y el pellizco en la nariz. Pero decidió conformarse por hoy.

Tomó el camino de regreso, a la una lo esperaba el almuerzo. Se sentía extrañamente liviano, casi corría, planeaba, y no solamente en el sentido figurado del término. Siempre había una fracción de segundo en la que ninguno de sus pies tocaba el suelo.

Subió al tranvía que corría aún más rápido que él; misteriosa esa fuerza eléctrica. Era la una y media. El insecto festejaba su quincuagésimo quinto cumpleaños. Las casas desfilaban a ambos lados a toda velocidad. Bien, ahora debía cambiar de tranvía. Sabía perfectamente que debía descender en esa parada. Qué extraño el saber todas esas co-



sas. ¿Y si había olvidado que vivía en la Andreasgasse? 14, Andreasgasse, segundo piso, puerta 12. Absolutamente. Todas las cosas como esas que pueden guardarse en un cerebro. También sabía que tenía la intención de estar en la tienda al día siguiente a las ocho de la mañana, que veía ante sí las corbatas, cada modelo de ellas. Aquí la rayada azul y roja, aquí la de lunares y aquí la de tonos beige. Las veía todas y también veía el cartel sobre la sección: "Corbatas". Era finalmente juicioso el cartel del árbol: "Parque". Todo el mundo no tenía su presencia de ánimo ni su capacidad para saber de una ojeada, sin problemas, que eso es un parque y esto una corbata.

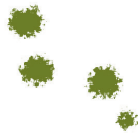
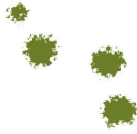
Había llegado ante su puerta. No recordaba haber descendido del tranvía, ni haber caminado en la calle, ni haber franqueado el portal, ni haber subido la escalera. A lo mejor había volado. Se sentaron a la mesa, eso era la soperas, eso los platos, cucharas, tenedores, cuchillos. Sabía exactamente cada una de esas cosas. Para él no había necesidad de escribirlas. Observó los objetos que lo rodeaban con cuidado. Todo estaba en regla. Y entonces contó la historia del insecto que festejaba sus cincuenta años. El insecto ofrecía un party. La palabra flotó en el aire. En su vida la había empleado. ¿De dónde venía esa palabra? ¿Adonde se iba?



A la tarde intentó vanamente dormir la siesta. Se había recostado en el diván del comedor y estaba solo. Tomó su block de notas. Se trataba bien de su block y no de su billetera ni de su estuche de cigarros. Escribió cómoda en la primera hoja, en otra armario, en otra cama y en otra sillón. Tuvo que corregirse varias veces y luego fijó las hojas sobre la cómoda y el armario, entró con precaución en el dormitorio en el que su mujer hacía la siesta y con una chinche fijó el cartelito cama. Salió de la casa sin esperar que ella se despertara. Fue al café y leyó su periódico, o más bien lo intentó. Todo lo que veía impreso en él le parecía perturbador y tranquilizador. Se encontraban nombres y designaciones que no dejaban lugar a dudas. Pero las cosas a las cuales esas palabras se referían estaban lejos. Era absolutamente sorprendente pensar que existía una relación entre esa palabra impresa Teatro Josephstadt, por ejemplo, y el edificio del mismo que se encontraba en una calle alejada de aquí. Leyó los nombres del reparto. Por ejemplo, Dubonet, abogado - Sr. Meyer. Ese señor Dubonet -y esto era lo más sorprendente de todo- no existía. Alguien lo había inventado, pero eso no impedía que su nombre estuviera impreso allí. En revanche, el Sr. Meyer que representaba a Dubonet existía perfectamente, y quizás lo había cruzado en la calle sin sospechar que se trataba del Sr. Meyer por que no llevaba un cartel cuando salía a pasear.



Yo



Todos los días cruzaba así a cientos de personas sin tener la menor idea del lugar del cual venían, a dónde iban, sus nombres y podía muy bien ocurrir que una u otra de ellas apenas doblara la esquina cayese muerta víctima de un ataque. Sin duda sería al día siguiente que saldría en el diario que el señor Muller o algún otro había muerto súbitamente; pero él, el Sr. Huber, en la ocurrencia, no sabría jamás que lo había visto cinco minutos antes de su muerte. Terremoto en San Francisco. También estaba eso en el diario. Pero además de ese terremoto del diario había otro, el verdadero. Su mirada recayó luego sobre anuncios y programas. Algunos comercios citados le eran conocidos. Uno que otro anuncio hacía surgir al mismo tiempo que su texto la imagen de un edificio en el que él sabía o suponía que se encontraba la firma mencionada. Pero otras quedaban muertas. No veía más que letras impresas.

Levantó la mirada. La Srta. Magdalena estaba sentada a la caja. Ella se llamaba así. Un nombre poco frecuente para una cajera de café. No lo conocía sino por haberlo escuchado a los mozos, y nunca le había dirigido la palabra. Ella estaba sentada allí, más bien gorda, ya no tan joven y perpetuamente ocupada. El nunca le había prestado atención, ni una sola vez. Y he aquí, que ahora porque el azar había hecho que la mirara, ella pasaba a primer plano delante de los demás. Había mucha gente



en el café, sesenta, ochenta o quizás cien personas. Entre ellos dos o tres, a lo sumo, a quienes les conocía el nombre. Incomprensible que esta cajera, parecida a otras cajeras, se hubiera convertido de golpe en la persona más importante del lugar. Simplemente porque él la miraba. De todos los demás ignoraba todo. Todos sombras. También su mujer, sus niños, todos eran como nada en comparación con la Srta. Magdalena. Sólo restaba decidir qué etiqueta convenía pegarle. ¿Magdalena?, ¿señorita Magdalena? ¿o, cajera? Imposible salir de ese café antes de haber encontrado la denominación correcta. Era tranquilizador saber que afuera, en un cartel, la palabra parque estaba escrita en todas sus letras. La misma campiña en la que se había paseado esa mañana había desaparecido enteramente como detrás de una cortina. No existía más. Hacía bien pensar en ese cartel de madera. Parque.

Mientras tanto había terminado de tomar su café. El mozo retiró la taza con su platito y el vaso de agua. No había ante él otra cosa que el mármol blanco de la mesa. Espontáneamente tomó su lápiz y escribió en grandes letras: mesa. Esto también lo alivió un poco, pero ¡pensar todo lo que le quedaba por hacer!

De regreso en su casa, se percató de que habían quitado todos los carteles que había fijado sobre los muebles. Su mujer le preguntó qué le había



pasado. Sintió que valía más no confiarle nada por el momento y le dijo que era una broma. Pero una broma útil ¿no? Era necesario habituar tempranamente a los niños a saber el nombre que debe llevar toda cosa o persona. Con el desorden increíble que reina en el mundo nadie se ubica.

A la tarde tuvo la visita de la suegra acompañada de la cuñada casada. Mientras ellas bebían su café en el salón con su mujer él aprovechó para escribir unos papelitos, suegra, cuñada y pegarlos a sus abrigos. Ellas no lo notaron al irse.

A la mañana siguiente antes de ir a la escuela le toca el turno a las vestimentas de su hijo y de su hija.

En la tienda pide ser recibido por el director y le hace algunas propuestas: hay que fijar etiquetas en todos lados, por ejemplo, sobre las corbatas e incluso indicar en ellas los colores. Corbata gris, roja, hay daltónicos. Insiste para que igualmente las vendedoras tengan su insignia.

Vuelve a casa y se enoja porque de nuevo sacaron las hojitas con los nombres. Los niños vuelven de la escuela, se calma al ver que, por una u otra razón, les han dejado las suyas. Entre tanto su mujer ha prevenido al médico. Cuando éste llega el enfermo va a su encuentro con un papel en su pecho en el que ha escrito con letras mayúsculas: YO.



En la depresión resistente al tratamiento



POTENCIA el efecto antidepresivo

Quetiazic.

Quetiapina 25 - 100 - 200 - 300 mg

Presentaciones:

25 mg x 30 y 60 comp. ranurados.
100 mg x 30 y 60 comp. ranurados.
200 mg x 30 y 60 comp. ranurados.
300 mg x 30 comp. ranurados.

Quetiazic. XR

Quetiapina 50 - 200 - 300 - 400 mg

Liberación Prolongada

Presentaciones:

50 - 200 - 300 - 400 mg
x 30 comp. recubiertos
de acción prolongada.

PAMI

IOMA

POP



Medicamento
libre de gluten



Línea
Neurociencias

RAFFO

Información Disponible Para Profesionales: Departamento Médico Raffo: Tel (011)4508-7100
Complejo Urbana 1 - Int. Cnel. Amaro AVALOS 2828 - 3º Piso (B1605 EBQ) Munro/Vte. López/Peña, de Bs. As.

WWW.RAFFO.COM.AR

